

EDUARDO RABASA

Cinta negra

I

CADA VEZ QUE LA megafonía de Soluciones emitía la tonada que anunciaba los mensajes de su director, el señor Sonrisa, los asociados entraban en un trance de anticipación. De manera coreográfica, procedían a anotar su interpretación del ulular mediante el cual se les comunicaban los principios que conformaban el credo de la empresa. Una mañana confundible con cualquier otra, Fernando Retencio salió del elevador durante la emisión de uno de aquellos mensajes:

—Uuuiiaaooo biisphoorsee caattrolluuuu...

Conforme caminaba hacia la estación de trabajo que la pizarra electrónica colocada en el vestíbulo le había asignado para aquel día, gozaba para sus adentros al contemplar los esfuerzos fútiles de sus compañeros por descifrar las expectativas del señor Sonrisa:

—Mmaaoooeebbriiii iivuvuninooopeel...

Saludaba con la cabeza a los asociados con los que habría de compartir espacio durante la jornada laboral. Hacía tiempo que renunciara al intento de aprenderse los nombres de cada uno. Tanto por razones prácticas como existenciales, era un gasto inútil de energía. Por una parte, la pizarra que computaba sin cesar la posición relativa en el escalafón de la empresa era tan implacable como caprichosa: Retencio no recordaba haber repetido alguna vez de manera consecutiva ni sitio ni compañeros de estación en los más de cinco años que llevaba formando parte de Soluciones. Entablar un vínculo estrecho con quien mañana podría mirarte con recelo o altivez, según lo que arrojara la lotería laboral matutina,

podía resultar decepcionante, como lo atestiguaba la progresiva normalización de los asociados: la frescura del talento que los llevara a ser elegidos como solucionadores daba paso a una opacidad fundamentada en la envidia generalizada. En el momento menos pensado, alguno de los Pérez intercambiables, ya fueran hombres o algunas de las pocas mujeres que trabajaban en Soluciones, era susceptible de buscar ventajas que los ayudaran a ascender de rango, disfrazando la maniobra de una charla casual. No por nada Retencio se sabía más astuto que todos ellos combinados:

—Jjjaaauurrrriiiii ceeeuueeuuu aabrichliiii...

Plantado frente a la silla giratoria fabricada en serie, abarcó con la mirada el panorama correspondiente al nivel asignado por la pizarra, el del primer piso, lo cual le permitía suponer que se avecinaba un día de relativa calma. Aunque nunca podía saberse con certeza. Retencio había atestiguado la caída de solucionadores que creyeron haber descifrado el método patentado por el señor Sonrisa para procurar el mejoramiento continuo de la empresa. Aun si la experiencia le sugería que los clientes conducidos al primer piso suponían un rango menor que aquellos atendidos en el segundo, la incertidumbre constituía un pilar tan fundamental de los principios de Soluciones, que más valía estar atento de manera permanente.

Entre su lista de reglas absolutas, Fernando Retencio había aprendido que la solución más evidente jamás era la idónea, a pesar de que en casos específicos pudiera llegar a serlo. No para Soluciones. En ese caso, ¿para qué los contrataría el señor Sonrisa, si habrían de limitarse a realizar lo que cualquier otro podía ofrecer? Si acaso deseaban seguir formando parte de Soluciones, los asociados debían distinguirse, entre varias características esenciales, por una creatividad tan única que los clientes la encontraran adictiva: varios habían subestimado las necesidades de un cliente de rango menor, con lo que se veían repentinamente despedidos, finiquitando el trámite al recibir una copia de la carta de renuncia que fir-

maran al momento de ser contratados: desde el punto de vista jurídico, todo despido era en sentido estricto una partida voluntaria.

—Aaaaauuullllllbbrrrrrieieieieie...

Con aire satisfecho, Retencio permanecía impasible mientras sus compañeros aguzaban el semblante en busca de una mejor comprensión de los designios del director. Para la inmensa mayoría se trataba de un esfuerzo vano. Sus días como solucionadores llegarían a su fin más pronto que después. Sólo unos pocos, los elegidos a cuya estirpe Retencio no tenía ninguna duda de pertenecer, continuarían avanzando hacia la eliminación de aquellos residuos falibles tan inherentes a la especie. Incluso al interior de esos pocos, había ciertos niveles reservados para aquellos con la capacidad de trascender las barreras que limitaban el destino del resto:

—Jjssttpshuushuuuuu jjssttpshuushuuuuu...

Que los demás se apresuraran por anotar en balde aquello que fingían comprender. Fernando Retencio extrajo de su mochila la libreta donde llevaba un registro meticuloso de las máximas del señor Sonrisa. Tomó con delicadeza la pluma fuente alojada en el bolsillo de su camisa de cuadros multicolor y procedió a apuntar con esmero:

NUESTRA MISIÓN COMO SOLUCIONADORES CONSISTE EN AYUDAR A LOS CLIENTES A ENCONTRAR SU PROPIA NARRATIVA

Reprimiendo las ganas de subirse a efectuar un baile de la victoria encima de la estación de trabajo prefabricada, tomó asiento para entregarse a la siguiente bifurcación del camino que había sido llamado a recorrer. Cada nueva solución lo aproximaba otro tanto a la meta a la que había consagrado sus empeños. Cada segundo registrado por el reloj digital de números rojos dispuesto en las distintas paredes de la casona lo acercaba un milímetro más al cumplimiento de su más profundo anhelo: alcanzar el rango de cinta negra.

Como parte de su formación, Retencio procuraba mantener a raya las abstracciones sin ningún valor concreto. En alguno de los cursos había leído que toda mente contiene un enemigo interno, cuyo único propósito es sabotear el potencial de la existencia que lo aloja. Los expertos aún no conseguían ponerse de acuerdo sobre si su persistencia se debía a una inteligencia malévola, o simplemente a su instinto de supervivencia, pero en la práctica resultaba en extremo difícil de eliminar. Por ello la ciencia farmacéutica optaba por intentar silenciarlo. El demonio interior de Retencio mostraba una tenacidad particular, cuestión que lo obligaba a estar cobijado por una gama de pastillas proporcionadas por el Dr. Lao, médico del alma de Soluciones. Aun así, ante un mínimo descenso de la tranquilidad inducida, o alguna distracción por parte de Retencio, se abrían las compuertas que permitían la salida de ideas inútiles, recuerdos enterrados, gritos inaudibles y demás estrategias operadas por Retencio para impedirse a sí mismo llegar a ser el sí mismo que sabía debía ser. Particularmente por las noches, resultaba agotador.

Mientras aguardaba que su computadora portátil terminara de encenderse, entornó la mirada lo suficiente como para registrar un tumulto indeseable agolpándose. Por reflejo, palpó el frasco alojado en el bolsillo de su pantalón azul marino. Por si acaso, lo destapó sin mirarlo y vertió un par de pastillas sobre el cuenco que formaba con la otra mano. Como buen tipo duro, Retencio se preciaba de no requerir líquido alguno para tragárselas. Acentuó el movimiento de su garganta para asegurar que no se quedaran adheridas a medio camino. A los pocos minutos se presentarían los efectos: bendito Dr. Lao. Envalentonado por la solidez del escudo, permitió la aparición de una de las incomodidades que se colaba de manera más recurrente:

¿QUÉ ES LA CINTA NEGRA?

Retencio disponía de un arsenal de respuestas apegadas a los procedimientos detallados en los manuales para solucionadores, autoría del señor Sonrisa. Sin embargo, esa mañana se encontraba dispuesto a permitirse una pequeña escapada filosófica. Abrió de nuevo su libreta y zanjó la trampa con una frase contundente:

LA CINTA NEGRA ES ANTE TODO UN ESTADO ESPIRITUAL

¿Y si los cintas negras...? Basta. Había sido suficiente. Con un movimiento sorpresivo alzó la cabeza para sorprender a alguno de los Pérez adyacentes que pretendiera espiarlo. O no había sido tan veloz, o se encontraban absortos en las pantallas de sus respectivas computadoras, tecleando inanidades que jamás estarían a la altura de las soluciones ideadas por Retencio. Los contempló de reojo en busca de un patrón que los definiera. Pese a la manifiesta diversidad de los seis Pérez que compartían con él la estación de trabajo poliédrica, Retencio se vio bañado por una serie de reflejos caleidoscópicos idénticos entre sí, que destilaban cada uno a su manera ese brillo tan específico de lo plástico.

Antes de comenzar con las soluciones del día, recordó que había olvidado algo en su coche, y se levantó para ir al estacionamiento subterráneo. De camino al elevador, escuchó a sus espaldas el sonido de los pompones y las matracas que provocaban sudor frío hasta en el solucionador más seguro de sus capacidades. Se trataba de las chicas que conformaban el escuadrón habilitado para cada ocasión en la que Soluciones debía prescindir de alguno de sus asociados. El protocolo dictaba que Retencio retornara a su puesto de inmediato, para no desairar a las chicas en caso de que estuvieran precisamente buscándolo a él. Sabía que no era el caso. Sin el apetito de presenciar la caída de alguno de los Pérez, aminoró el paso para permitirse escuchar las primeras estrofas de «La canción del despido feliz».

Al pulsar el botón del elevador, se divirtió recreando cómo las chicas ataviadas de porristas —con una minifalda blanca de pliegues que caía justo hasta el comienzo de la rodilla y un ajustado suéter con una S bordada en el pecho— rodeaban al Pérez elegido para brindarle una última experiencia inolvidable como miembro de Soluciones, bailando en sincronía conforme entonaban a coro:

Adioooós
Adioooós
Ya no le sirves a Solucionees

Good bye
Good bye
Vete de aquí
No nos molestes yaaaa

Ciaooo
Ciaooo
Pero no pongas carita tristeee

Au revoooooiir
Au revoooooiir...

Al cerrarse la puerta del elevador, Retencio continuó tarareando la tonada en su cabeza. Se sorprendió ligeramente al encontrarse solo, sin la habitual presencia del único empleado propiamente dicho de Soluciones, pues el resto tenían rango de asociados: José Dromundo, el conserje ancestral. Se encontraría realizando algún recado para el señor Sonrisa. El dedo de Retencio dio la orden para ser trasladado al estacionamiento. Seguramente en el trayecto hacia su coche recordaría aquello que se dirigía a buscar.

Al salir al estacionamiento quedó temporalmente cegado por el contraste entre la atmósfera de luz intrusiva, característica de las

II

EL TRÁFICO QUE ENMARCABA el regreso cotidiano a su hogar era por lo general de una densidad paralizante, en particular cuando llovía con la violencia de aquella tarde. A diferencia de otras lluvias conformadas por una sucesión de gotas suaves que forman un mosaico silencioso, la urbe donde habitaba Retencio se caracterizaba por las lluvias furibundas, sin tiempo que perder, que lo mismo aparecían sin previo aviso que se marchaban de repente. Sus gruesas gotas caían con pesadez discontinua, como si desearan infligir daño, y el sistema de drenaje siempre al borde del colapso provocaba inundaciones que agravaban el lento tránsito: los coches y autobuses debían navegar con cautela por los ríos urbanos para no encallar en sus aguas podridas. Cada pocos segundos, las luces rojas del vehículo de enfrente refractaban en las gotas del parabrisas y sobre el rostro de Retencio, que frenaba y aceleraba en piloto automático.

Para acallar en su interior el estruendo de los cláxones, repasaba meticuloso los sucesos de la jornada, a fin de contrastar su propia valoración con la ofrecida por la pizarra, consultada ritualmente por Retencio cada día antes de marcharse de la oficina. Puto Dromundo. Había arruinado el despliegue de la solución justa. A manera de pequeña venganza, le ordenó que lavara su coche cuando en el exterior la lluvia ya había comenzado a caer. Aunque si lo pensaba con detenimiento, la pizarra tampoco decidió castigarlo por el contratiempo: comprensiva frente a lo sucedido, le había respetado el lugar previo. Un empate: ni más cerca ni más lejos de la cinta negra. Aun así, se consolaba Retencio, sumaba una experiencia más en su repertorio. La versatilidad era crucial. También la capacidad de reaccionar sobre la marcha fren-

te a los imprevistos. Bien mirado, había salido airoso de una difícil prueba, consiguiendo...

—Oye, ¿entonces quién dices que era el tipo con el que te vi reunida con la puerta casi cerrada? —le preguntó a Karla Alvarado, como si la imagen le recordara de pronto que venía acompañando en su automóvil. Atento a no girar la cabeza, intentaba indagar con los ojos a lo largo del contorno de la falda corta de mezclilla. Que los muslos firmes revelaran si mentía. Que atestiguaran lo...

—Ay, Fernando, no empieces otra vez que estoy agotada. Llevo hablándote de este proyecto desde hace meses —respondió Karla, ajustando por inercia su blusa escotada, como si deseara coartar la mirada lasciva de su esposo.

—¿Y no te parece contradictorio, o más bien insultante, que inaugure la exposición un actor famoso? En su peor día es más guapo que todos tus pinches pobres juntos y bien bañados.

—¿Sabes qué?, óyeme bien. Mis pinches pobres, como tú los llamas, no son nada feos. Tan sólo tienen una belleza diferente. Si algún día te dignaras a conocerlos, verías que al menos entre ellos la saben apreciar. No sé por qué insistes cuando te lo he explicado tantas veces. Es lo mismo que con los chinitos. ¿Tú crees que se consideran feos porque tienen ojos de alcancía? Para la mente tan lista que tienes, no entiendo cómo puedes llegar a ser tan atrasado.

—Gorda, cálmate, o sea, les digo pinches pobres de cariño. Estoy seguro de que gracias a ti van a lucir increíbles el día de la inauguración. Esa urraca de la señora Fruncido no te merece. —Retencio decretó el fin de la discusión acariciando la entepierna de su mujer por debajo de la falda. Quizá podría interesarla lo suficiente para que tuvieran juntos un encuentro ahí mismo, cobijados por el tráfico... Hasta que Karla puso fin a sus planes, alejando de sí la mano con expresión de tedio.

Desde que Retencio ingresara a formar parte de Soluciones, Karla ya trabajaba en la planta baja de la casona, en el Taller de la Pobreza, fundado por la señora Estela Fruncido. Se trataba de

una organización sin fines de lucro, animada principalmente por la determinación de su dueña de regresar a la sociedad algo de lo recibido, al igual que concebida como una manera de pasar el tiempo, ahora que en su edad madura sus hijos eran menos proclives a permitir la interferencia en sus vidas que marcara su educación.

A través del Taller de la Pobreza, la señora Fruncido combinaba sus dos grandes pasiones: la caridad y el arte. Gobernada por la máxima de hacer de la necesidad virtud, la organización ponía sus instalaciones al servicio de los más desfavorecidos, de modo que pudieran acudir a refugiarse durante algunas horas de la adversidad, mientras permitía que fluyera su creatividad.

La señora Fruncido era enemiga de los modelos asistencia- listas, que perpetuaban la condición que pretendían aliviar, al volverse cómplices de lo que a su juicio constituía el peor obstáculo para dejar atrás la pobreza: la creencia de que quienes la padecen son antes víctimas que culpables. A lo largo de su trayectoria como participante de organizaciones caritativas, Estela Fruncido aprendió la lección de que el mayor favor que podía hacerseles era imponerles la exigencia que definía a los miembros prominentes de la sociedad. En lugar de culpar eternamente a la dificultad de sus orígenes, razonaba la dama, estaban condenados a la perfección si acaso deseaban progresar, pues menos que nadie debían permitirse las vacilaciones existenciales características de quienes pertenecían a otros estratos.

Por tanto, una de las reglas operativas del Taller de la Pobreza consistía en proveer a sus usuarios con las herramientas necesarias para crear hasta donde sus capacidades se los permitieran, sin proporcionarles los materiales para realizarlo: la inventiva comenzaba desde ese punto, y quien verdaderamente quería crear se las ingeniaba como podía. En sus esporádicas visitas para supervisar la correcta marcha de la organización, la señora Fruncido se detenía a contemplar con orgullo la pieza que adornaba el vestíbulo de la casona: una escultura abstracto-expresionista, confeccionada

por una chica que hacía tiempo no acudía a las instalaciones, pues al parecer había encontrado empleo como criada. A la directora se le humedecían los ojos cuando contemplaba el amasijo de latas de conserva, botellas plásticas de refresco, zapatos gastados, trozos de mecate y hasta electrodomésticos inservibles, vinculados por un potente pegamento hasta componer una masa amorfa: le parecía una metáfora del poder de la creatividad para transformar en oro los desechos. En una subasta de gala organizada por el Taller de la Pobreza, un enviado particular del señor Sonrisa había pagado una pequeña fortuna por la pieza que recibía en el vestíbulo compartido a los clientes o visitantes de algunas de las dos entidades que convivían armónicamente en la antigua casona.

Contrario a las visiones que al referirse al tema agachan la cabeza en señal de compunción, como si hubiera algo de lo cual avergonzarse, el Taller de la Pobreza funcionaba bajo el principio de exhibirla abiertamente, para mostrar que se trata de un fenómeno con su particular estética, plasmada en las obras que ahí se producían de manera cotidiana. Sin afán de negar las limitaciones que les imponía su condición, la señora Fruncido se proponía hacerles ver a los pobres que al mismo tiempo poseían un don, y que no debían de privar al mundo de compartirlo.

Adicionalmente, como atestiguaban ya decenas de obras vendidas en eventos glamurosos, si se despojaba a la pobreza de la carga culposa que la volvía indeseable como tema de conversación, la gente acudía a apreciar sus posibilidades artísticas, con lo que se cerraba el círculo virtuoso que la organización deseaba promover: mediante la venta de su obra, numerosos egresados recibían algo de dinero para hacer frente a sus necesidades, e incluso existían casos de pobres que comenzaban una exitosa carrera como artistas de renombre. Había críticos de arte que sugerían la posibilidad de que la señora Fruncido hubiera originado un movimiento de vanguardia, pero ante la mención del tema ella se encogía de hombros y murmuraba que no lo hacía por la gloria personal, sino tan

sólo por el deseo de ayudar a los más desfavorecidos. Los surcos que recorrían su rostro adquirirían mayor profundidad, como si el altruismo borrara el exceso de maquillaje para poner de manifiesto lo curtido de su alma, labrada a base de decepciones ante la ingratitud frente a su generosidad.

Además de la posibilidad de contemplar en vivo a pobres desplegando su creatividad, los visitantes al Taller de la Pobreza contaban con la oportunidad de conocer los rasgos íntimos de la cotidianeidad de la pobreza, pues había una sección, dispuesta detrás de una vitrina, que continuamente albergaba a una familia pobre que vivía en un par de habitaciones durante un periodo previamente pactado. De esa manera, los curiosos podían apreciarlos en condiciones similares a las de su hábitat natural, sin enfrentar los inconvenientes que supondría la idea de adentrarse en los espacios urbanos donde se encontraban confinados.

A cambio de la vivienda temporal, lo único que se les solicitaba a los pobres es que se condujeran con normalidad, evitando representar para los visitantes un espectáculo que transmitiera una idea errónea de su realidad: se les invitaba por ejemplo a no asearse con demasiada frecuencia, y para ello se reproducía la falta de agua entubada, proporcionándoles únicamente un tambor que podían rellenar con la ayuda de José Dromundo, llevándolo hasta el nivel subterráneo de la casona. Asimismo, los visitantes tenían prohibido alimentarlos o llevarles ropa, pues por una parte se contaminaba el carácter real de lo exhibido, y por otra podrían causarles confusiones que resultarían contraproducentes al volver a sus orígenes.

Por razones similares, cuando llegaba el fin del periodo estipulado aparecían unos rudos mudanceros, con la encomienda de desalojar en el acto a la familia y sus escasas pertenencias. Con ello, los visitantes con la suerte de recorrer las instalaciones justo cuando se producía uno de esos episodios podían contemplar, a través de la vitrina, el talante descarnado de un desalojo, que podía incluir

III

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Retencio deslizó su automóvil hacia la penumbra subterránea de la casona solo, pues Karla tenía programadas unas reuniones fuera de la oficina. Mal augurio: Retencio había dedicado el camino entero a idear sutiles trampas para conseguir averiguar su paradero. También su compañía. Se perdía en elaboradas ensoñaciones donde colocaba un diminuto señuelo en las bragas de su mujer, de manera que si se las retirara del todo, Retencio lo supiera cuando pudiera inspeccionarlas.

Por desgracia, Karla resultaba demasiado astuta: Retencio había intentado sin éxito realizar un análisis estadístico de la frecuencia con que utilizaba determinado juego de ropa interior, buscando correlaciones con las pretendidas actividades del día, el estado de ánimo, o incluso la posición ocupada en el cajón correspondiente del vestidor monopolizado por su esposa. Hasta el momento había resultado un empeño nulo. Lo importante era no desanimarse. Con el suficiente tesón, conseguiría sorprenderla en un momento inesperado.

Al presionar el botón del control remoto que activaba la alarma de su coche, Retencio puso en práctica uno de los ejercicios de condicionamiento mental aprendidos en su formación: concéntrate, concéntrate, las soluciones adecuadas requieren de una absoluta entrega del espíritu. La silueta encorvada de José Dromundo barriendo ante la puerta de su hogar terminó por inducir en Retencio lo que él mismo llamaba el Modo Soluciones.

Pese a la inminencia del contacto, el conserje continuó barriendo con esmero, como si no escuchara el efecto de estampida

con el que Retencio pretendía anunciar su disposición a cobrarse la afrenta del día anterior. Un instante antes, Dromundo alcanzó a apretar el estómago y tensar los hombros, para amortiguar el manazo dirigido a su omóplato derecho.

—¿Qué pasó, Dromundo? Ah, si barrieras allá arriba con la energía que dedicas a lo tuyo, no estaríamos siempre trabajando en ese mierdero. A ver, déjame consultar a las ampollas para ver lo que me depara el día de hoy. ¿Si sabes que los adivinos antiguos leían el vuelo de los pájaros o las pezuñas de los bueyes? Pues es lo mismo. Para mí, no hay mejor oráculo para conocer las intenciones de la pizarra que examinar lo podridas que amanecieron tus llagas. ¡Qué bárbaro! Creo que hoy estás a punto de parir a un mutante por ahí. —Retencio presionaba hacia fuera el cráneo de Dromundo por ambos extremos—. Cómo se ve que la vida te sonrío, si hasta te puedes permitir otra boca que alimentar.

—Ya vi que el ingeniero maestro amaneció de buenas —respondió Dromundo sin interrumpir su barrido—. ¿Y ora por qué no vino la señora Karlita? ¿Tuvo otros asuntos más importantes que atender?

—No seas igualado. Además, mira lo que te traje, una poma da para que tapes tus agujeros. —Retencio extrajo de su pantalón un tubo y lo depositó en la grasienta camisa beige que constituía el uniforme de Dromundo.

—Cuánta bondad de su parte. Que la sonrisa se lo pague acercándolo mucho más a su cinta negra.

—Eso me gano por preocuparme por ti. Bueno, ya me voy a trabajar. Estate pendiente por si necesito algo.

—A las órdenes del ingeniero maestro.

Una vez en el vestíbulo, Retencio quedó atónito por lo que parecía ser una contradicción de la pizarra. Aunque lo asignaba a una estación de la planta superior, en una señal de beneplácito con sus recientes soluciones, se encontraba un peldaño por debajo de la tarde anterior. Con el pulso herido por el enigma, Retencio

la interrogó con la mirada, buscando comprender las razones del designio: la pizarra jamás se equivocaba, así que el asunto consistía en lograr desmenuzar su pensamiento. ¿Cómo era posible? La respuesta golpeó a Retencio con el ardor de un latigazo: el nombre del Pérez despedido volvía a aparecer por encima del suyo: se había tratado entonces de un despido temporal. O bien el señor Sonrisa había cambiado de opinión, o quizá simplemente se llevara a cabo por razones relacionadas con moldear la mentalidad de los asociados. Qué ingenuo había sido al saborear el despido falso del Pérez en cuestión. Seguramente fue informado del plan, y el infeliz se burlaba para sus adentros mientras las chicas entonaban la canción. Retencio quiso hacer estallar la pizarra con una patada. ¿Adónde se irían sus cómputos si ya no existiera el soporte que los plasmara? ¿Acaso podría el señor Sonrisa existir en un limbo inmaterial, vigilándolos, evaluándolos, clasificándolos, custodiando el acceso a la cinta negra, en un espacio indefinido, sin principio ni fin, sin arriba ni abajo, sin victoria ni derrota, sin...?

Con un movimiento automático, Retencio decretó el fin de su venganza ficticia, engullendo las pastillas destinadas a mantenerlo dentro de un contorno definido. Por la ligereza del frasco, realizó una nota mental para ir a ver al Dr. Lao en busca de un reabastecimiento. Ya en el elevador, procuró complementar sus efectos mediante la repetición mental de un mantra adecuado para la ocasión:

CUANDO LA CINTA NEGRA LUCHA CON DRAGONES, LOS DRAGONES TERMINAN POR SERVIR A LA CINTA NEGRA

CUANDO LA CINTA NEGRA LUCHA CON DRAGONES, LOS DRAGONES TERMINAN POR SERVIR A LA CINTA NEGRA

CUANDO LA CINTA...

Al abrirse la puerta del elevador, Retencio buscó de inmediato el rostro del Pérez redimido: al parecer no había sido asignado a la planta superior; era posible también que aún no hubiera llegado: